

menor de sus beneficios? ¿Y habrá quién se atreva á negar estas verdades en nuestro desgraciado pais? ¿Habrá quien se atreva   negar los hechos? ¿Qué r zon habrá, pues, para no fijar la vista en el sistema monárquico, puesto que es el único que rige y hace fuertes y dichosos, desde tiempo inmemorial,   todos los pueblos civilizados del mundo, al paso que solo uno de ellos prospera bajo el sistema republicano, y apenas cuenta sesenta y cinco años de existencia, debiendo su prosperidad   mil circunstancias accidentales, que no existen ni pueden existir en ninguna otra nación?

Aun cuando reconozca yo cumplidamente en todos los mexicanos el derecho de ser en su *corazon* tan sinceramente adictos como yo,   los principios dominantes entre nuestros vecinos, no alcanzo   concebir, como con la triste experiencia de lo que ha pasado y está pasando entre nosotros, podrian persistir de buena f , en mirar con horror la aplicación en México de los principios monárquicos, ya que tan fatales resultados le ha traído la república bajo todas formas.

Y para simplificar mas la cuestion, ¿cuál de los felices habitantes de la Gran-Bretaña, de la Francia, de la Holanda y de la Toscana, trocari  la situación de su respectivo pais por el de la república mexicana? ¿Y qué mexicano, por descontentadizo que sea, no envidi  la *verdadera libertad* que se disfruta en aquellos reinos, y que forma la base de su brillante prosperidad actual y de su mas brillante porvenir? ¿Qué súbdito de aquellas monarquías tendrá en un pais extraño tan frecuentes motivos como un mexicano de sonrojarse al nombrar el pais de su nacimiento? Y

aun pudiéramos aplicar esta misma doctrina   todas las demás naciones de Europa, sin escepci n; pues aun cuando hay algunas entre ellas regidas despóticamente, redimen la vergüenza de la opresión con el poder, con la gloria, con la riqueza, y con otros títulos que nunca dejan de complacer al corazon humano. Pero entre nosotros, ¿acierta acaso   descubrir ni aun remotamente el patriota honrado algo que pueda consolarlo? Despues de las pasadas desventuras, ¿qué ve, sino males presentes, y mucho mas, funestas esperanzas?

Por eso, repito, que me parece llegado ya el momento en que la nación dirija su vista  cia el principio de una monarquía democrática, como el único medio de ver renacer entre nosotros la paz por que tan ardientemente anhelamos.

No descubro tampoco otro modo de salvar nuestra nacionalidad, inminentemente amenazada por la raza anglo-sajona, que trasladada   este continente, se apareja   invadirlo todo, apoyada en el principio democrático, elemento de vida y de fuerza para ella, así como gérmen de debilidad y muerte para nosotros. A su sombra,   la vista está, han prosperado nuestros vecinos tanto, como nosotros hemos retrocedido en todos sentidos, así en lo moral como en lo material. Y no se nos vengan ahora los empíricos políticos con sofismas escolásticos para probar lo contrario; como si el hecho de contar ya nosotros veinte años de la guerra civil mas mezquina y estéril que jamas ha existido, no fuese bastante para acreditar, que no solo el estado de nuestra riqueza y de nuestros adelantos materiales, sino el de nuestras costumbres debe ser



el mas lastimoso. Podrán haberse hecho, si se quiere, algunos progresos en ciertos ramos de industria, y acaso en el lujo, (el cual en las circunstancias actuales de la nacion no puede dejar de ser ruinoso) pero no deben atribuirse en manera alguna tan menguados progresos á la forma de gobierno republicano, sino á la comunicacion franca y al roce frecuente con los pueblos extranjeros; resultado necesario de nuestra independencia, y de la marcha natural del siglo, sensible en todas partes, puesto que no ha podido dejar de serlo ni aun entre nosotros, afanosamente ocupados en nuestras miserables rencillas domésticas. Quizá deberemos atribuir precisamente al sistema republicano, origen y fomento de nuestras perpetuas turbaciones, la tristísima circunstancia de que no haya sido mas pronto y mas seguro aquel progreso. ¿Cómo está la instruccion pública? ¿Cómo la legislacion civil, la criminal, la mercantil, la fiscal? ¿No es toda ella un caos mas monstruoso aun, que la que nos legaron nuestros antiguos dominadores? ¿Cuál es la organizacion de todos los ramos de la administracion pública? ¿Cuál, la del ejército? ¿Cuál, la moralidad de nuestros empleados en la hacienda? ¿Cuál, la de los encargados de la administracion de justicia? ¿Cuál, el estado de la riqueza individual de nuestros ciudadanos, que sirve de base precisa á la riqueza pública? Y por otro lado, ¿qué caminos, qué canales hemos abierto; qué fortalezas, qué obras públicas de las que nos dejaron los españoles hemos sabido ni reparar, ni conservar siquiera (1)? ¿Hemos sabido ni aun remplazar

(1) Tal es el estado ruinoso á que ha venido la magnífica obra del desagüe de Huehuetoca por nuestro abandono y apatía, que

por nosotros mismos á esos españoles, á quienes, diez años despues de nuestra emancipacion, se hizo moda colmar de improperios, y llamar bárbaros, &c (1); no faltando quien en una ocasion solemne, invocara los rayos del cielo sobre la tumba de uno de los hombres mas grandes de los tiempos modernos (2)! Nosotros, que nos gloriamos en ser hijos de este hermoso pais, ¿que hemos hecho por él? Véanse hasta las calles de esta capital, la reina del vasto imperio que regia la España en este inmenso continente, y se verá en ellas el emblema del estado fisico y moral de nuestro pais; porque no se ha pensado mas que en matarnos en mezquinas pendencias, por miras, mas mezquinas é indecentes todavia, de ambicion individual, y nunca por un objeto noble, ó siquiera decente.

Y ¿será posible que dominando las mismas causas que tales efectos han producido entre nosotros, podamos lisongearnos de mejorar nuestra deplorable situacion? Y si esta empeora cada dia mas, como debe suceder, mientras no se apele á un remedio radical y enérgico, ¿podrémos resistir ese torrente desprendido del Norte de nuestro hemisferio, que ya ha invadido nuestro territorio, y que lo inundará todo con el impulso de los principios democráticos, que repito, así

en estos mismos momentos en que escribo, se halla inminentemente amenazada de una inundacion la capital de la república, que todos los años se ve espuesta á igual riesgo, durante la estacion de las lluvias.

(1) . . . . *Aetas parentum, peior avis,  
Nos nequiores tullit.*

. . . . Nuestros padres, peores que  
nuestros abuelos, nos produjeron  
á nosotros ya mas malos.—Hor.

(2) Hernan Cortés.



constituyen la fuerza de aquel pueblo, como hacen nuestra impotencia? Si no buscamos por otra senda mas cierta el alivio á nuestros males, ¡á Dios para siempre de nuestra felicidad, y á Dios hasta de nuestra independenciam y de la nacionalidad mexicana! Si no variamos de conducta, quizá no pasarán veinte años sin que véamos tremolar la bandera de las estrellas norte-americanas en nuestro Palacio nacional; y sin que se vea celebrar en la espléndida Catedral de México el Oficio protestante!

Para que no se gradúe de ilusion producida por el patriotismo alarmado este funesto presagio, considérense los progresos que en sentido inverso ha hecho en Tejas el pueblo de la raza anglo-sajona, campeon de la democracia, y compárense con los que podemos haber hecho nosotros en la carrera de la civilizacion y de la prosperidad. Compárese la posicion respectiva de México y de Tejas hace diez años con la de hoy: entonces, un puñado de aventureros venian á mendigar de nosotros un pedazo de terreno que cultivar; mientras que ahora esos mismos mendigantes vienen á amenazarnos á nuestros principales puertos; y nada debe convencernos tanto de la degeneracion en que hemos caido, como el ver que no se inflama el patriotismo nacional ilustrado (no el fanatismo nacional, ciego y ruinoso, segun algunos lo entienden) para poner un término cualquiera al oprobio que está atrayendo á México ese vergonzoso estado de cosas (1). Compá-

(1) ¿Qué política falsa y perniciosa es esa que retarda incesantemente la terminacion del asunto de Tejas, como si de tal irresolucion pudiera esperarse ningun provecho? ¿En qué piensan, los que con ofensa de la razon natural y de los intereses nacionales precipitaron

rense, pues, las posiciones respectivas, y se hallará cuanto ha aventajado la de nuestros rivales; y no se olvide que en todas las cosas el primer paso es el difícil; este primer paso ya está dado, y con écsito favorable para ellos, y á poca costa! . . . Sigamos como hasta aquí, obcecados con teorías impracticables, que sin cesar conturban la paz de nuestra pátria, y muy pronto verémos á esta, sin remedio, presa de un invasor, que no ha emprendido *militarmente* la conquista de nuestro territorio, sino enredándonos en los lazos de ciertos principios políticos, tan mortales para nosotros, como llenos de vida y de fuerza para ellos. Continuémos así, vuelvo á decir, y antes de veinte años serémos por necesidad cualquiera otra cosa, pero no *mexicanos*.

Incompletas quedarían mis ideas, si pasase yo en silencio uno de los principales fundamentos en que se

en época bien reciente un desenlace poco honroso para el país, en otra cuestion quizá mas nacional, que por el contrario demandaba mas espera; y luego, como para lavar esa mancha, proponen la dilacion cuando debia recomendarse la actividad, sea para sujetar á los tejanos, ó para transigir con ellos, apelando para tal dilacion á un mal entendido patriotismo? Los que así pretenden aparentar un encendido celo nacional, ¿lo reconocieron acaso en la España, cuando por resistir obcecadamente esta nacion el reconocimiento de la independencia de sus antiguas colonias, se privó de todas las ventajas, que una conducta mas previsorá y discreta le hubiera indudablemente proporcionado? ¿Qué espíritu de vértigo es ese que nos hace seguir la misma conducta que tan amargamente hemos censurado en los demas? Y qué, ¡habrán de sacrificarse siempre los intereses de nuestra desventurada nacion, porque no haya quien se atreva á tomar abierta y noblemente su verdadera defensa, que no consiste en engañarla á trueque de adular servilmente á las preocupaciones vulgares, sino en manifestarle sin rebozo alguno lo que *le conviene*?



apoya mi opinion en favor de un cambio total en la forma de gobierno que hoy rige á la nacion. Aunque accidentalmente he hecho alusion en varios lugares de mi primer papel, así como en este, á la escasez de mexicanos virtuosos, patriotas y hábiles para hacer verdaderamente benéfica en nuestra pátria la forma de gobierno republicano, creo deber consagrar anticipadamente algunos renglones á un asunto de tamaña importancia; mientras doy á la luz pública otro escrito mas estenso, en que, con la fuerza irresistible de los hechos que hablarán por sí mismos, cumpliré con el doloroso cargo de probar y justificar cuanto espongo actualmente.

Y no debe verse esta cuestion por el aspecto del patriotismo, pasion á la verdad muy noble y generosa; pero que suele sin embargo ofuscarnos alguna vez, con ilusiones que no son menos dañosas por dimanar de un origen tan puro y elevado. Cerrando los ojos á la lastimosa inopia de hombres eminentes en virtudes propias para desempeñar el mando supremo, nos haríamos demasiado ecsigentes respecto de los que son llamados á ejercerlo; incurriendo así, con facilidad, en el riesgo de desechar lo *menos malo* para vernos en la necesidad de abrazar lo *peor*. No se me oculta cuanto se esponen los que no lisongean las preocupaciones populares, á que el amor propio ofendido, escudándose con el patriotismo, los anatematize como injustos y apasionados. A todo me resigno, convencido de la funesta esactitud del juicio que acabo de esponer, y confiado en que no hay en la república una sola persona pensadora y *despreocupada* que no convenga en la absoluta escasez de hombres pro-

prios para gobernarla; porque el triste estado del pais está proclamando elocuentemente esta misma verdad. Y no se diga que no han tenido ocasion de mostrarse esos hombres eminentes que algunos se empeñan en creer que ecsisten en nuestra desgraciada pátria, ó que si ecsisten, no han sido inutilizados ó desvirtuados por la revolucion, ese azote destructor de tantas reputaciones mas ó menos legítimas y merecidas.

Todos los partidos han tenido su vez de dirigir esclusivamente los negocios públicos. Patente ha estado el campo á todas las ambiciones; y ¡cuáles son las que hemos visto saltar á la lid? Presidencia, ministerios, congreso general, gobiernos y congresos de los estados, juntas departamentales, la alta córte de justicia, la libertad de la imprenta, la tribuna parlamentaria, y finalmente, todo cuanto en una nacion puede proporcionar á los hombres de verdadero mérito ocasiones de descollar y darse á conocer; todo ha estado abierto, todo ha estado franco. ¡Quién les ha impedido sobresalir en un pais, donde todos los destinos mas importantes son de eleccion popular? No será el gobierno, que tan poca accion ejerce, si es que ejerce alguna en las elecciones. ¡Cuándo el mérito ha estado oculto donde la eleccion popular es la fuente de todos los poderes públicos, y donde todos los ciudadanos son elegibles hasta para los cargos mas escelsos? No negaré que abunden hombres apreciables y notables por sus modestas virtudes y talentos útiles, diseminados en los diferentes puntos de la república; pero no son estos de quienes se habla; porque colocados en una esfera mas vasta, vendrian á ser enteramente nulos, y perderian ademas, el prestigio que en



una posicion mas circunscrita se hubiesen justamente grangeado. Es una verdad de todos los tiempos, que;

*Tel qui brille au second rang,  
S' éclipse au premier* (1).

Movidos de sentimientos, que yo respeto, creen algunos que no es un proceder muy patriótico hablar de nuestras *cosas* y de nuestros *hombres* con tanta franqueza como yo lo hago, porque nos esponen á ver menguado entre los estrangeros el concepto que falsamente se cree, tienen formado de nosotros; y este es uno de tantos alucinamientos del patriotismo ecsagerado. Como si los estrangeros que viven en nuestra tierra no tuvieran ojos para ver, ni racionio para discernir lo mismo que, hasta nosotros los interesados, vemos y discernimos.

Deseoso siempre de que se promueva la inmigracion á nuestra república de los hijos útiles y pacíficos de otros países, quisiera yo que, en ciertas ocasiones se transformasen en estátuas, para que no viesen ni oyesen nuestras vergüenzas. Ciertamente es que en los países á que pertenecen, no nos conocerán individualmente; pero, ¿no les basta saber el estado de nuestra nacion, para convencerse de que no tenemos hombres que sepan gobernarla? Veinte años hace que se nos está repitiendo que esto proviene de nuestra inesperienza, &c. &c. Así será en efecto; pero si se reconocen las *causas*, ¿por qué negar con la boca los resultados que todos confesamos, y con tanta amargura siente nuestro corazon? Fuera de que, yo nada hago, sino

(1) Quien brilla en humilde puesto,  
En mas alto se oscurece.

repetir lo que, por desgracia, han dicho y dicen de nosotros constantemente los estrangeros. Confesándolo sin rebozo alguno un mexicano, suya será esclusivamente la impopularidad de semejante franqueza, mientras mas fondo de verdad envuelva esta; al paso que, mas imparcial que cualquiera estraño, (porque al fin, hijo soy de este suelo, y á ningun partido defendiendo) mi voz tendrá quizá mas eficacia para dar á conocer nuestras propias faltas; lo cual es el primer paso para corregirlas, teniendo mucho adelantado el que las conoce y las confiesa (1)

En una palabra, nada digo que respectivamente no hayan dicho mil veces los partidos unos de otros, aunque con la diferencia, de que estos siempre lo han hecho con acrimonia y con ecsageracion; y nada en fin, que no haya comprobado la esperiencia de veinte años. Lo único nuevo que podrá notarse en esta ocasion es, que un mismo individuo sea el que así hable de todos, sin distincion de parcialidad ni de bandera.

Y no hago mas que cumplir con un acto de rigorosa justicia proclamando, que á la par que son grandes y arraigados los vicios de todas las clases de nuestra sociedad (la que mientras mas lo reflexiono, mas abso-

(1) The americans have gained more by their faults having been pointed out by travellers than they will choose to allow; and, from his moral courage in fearlessly pointing out the truth, the best friend to America, among their own countrymen, has been Dr. Channing.

Los americanos del Norte han ganado mucho mas de lo que quieren confesar con que los viajeros les hayan indicado sus faltas; y ciertamente que, por su valor en censurarlas y decirles la verdad, sin embozo ni temor, el mejor amigo de aquella república ha sido, entre todos sus compatriotas, el Dr. Channing.—*Capt. Marryat.*



lutamente incapaz me parece de poder ser gobernada segun los principios republicanos) así es digno de alabanza el verdadero pueblo de esta nacion, que, por su docilidad y templanza, es el mas fácil de gobernar de todos los pueblos del mundo. Y nada acredita tanto la bondad de su carácter, como haber podido resistir, por tantos años, al contagio de perversidad, de inmoralidad y de crueldad revolucionaria, con que los demagógos han hecho los mas diligentes esfuerzos por corromperlo. Para regir con acierto un pueblo semejante, bastaria un gobierno capaz, por su energía, de tener á raya á los ambiciosos agentes de turbaciones que lo instigan y arrastran alguna vez, á culpables sucesos, que terminan tan pronto como les place á aquellos.

Muy frecuentemente se pretende consolarnos, acaso alucinarnos, con el ejemplo de las revoluciones y desgracias ocurridas en otros países; y nunca deja de citarse recurriendo á la historia de los tiempos modernos, á la Inglaterra y á la Francia. Pero dejando á un lado la cuestion de saber si el estado perpetuo de inquietud en que hemos vivido desde nuestra emancipacion; si nuestras incesantes revoluciones *de serrall* pueden compararse con las de aquellos dos países en sus causas, en sus medios y en sus fines, así como en su duracion; sobre lo que sí creo llamar la atencion de los mexicanos pensadores, es, sobre el hecho notable de que, al cabo de infinitos desastres, ni la república de Cromwell ni la de Robespierre lograron consolidarse; sino que á poco andar *hubieron de retroceder la gran Bretaña y la Francia, á sus puntos respectivos de partida*; esto es, á la *monarquía* y á entrar d

nuevo en la senda que á tanta gloria, prosperidad y grandeza las ha levantado.

No faltan tampoco entre nosotros escritores públicos (1) que, empleando gran pompa de palabras para trazar con una rara felicidad, el ominoso cuadro de miseria y de vergüenza que todos palpamos y sufrimos, y sin que, al parecer, les haya enseñado nada la dilatada esperiencia de veinte años, se esfuerzan por demostrarnos desapiadadamente, que no hay salvacion para nosotros sino en la misma senda que á tan deplorable estado nos ha traído; aconsejandonos al mismo tiempo, (con un candor, que algun maligno enemigo nuestro podria mirar como una cruel ironía) que despleguemos en esa senda de perdicion el *genio*, y las *virtudes* cuya falta total es precisamente el manantial perenne de nuestras progresivas desgracias; ¡cuándo nos desengañaremos de que con arrobamientos patrióticos, con “sentidas lamentaciones, y con declamaciones vagas y “sin cuento, ni se curan las llagas de un pueblo, ni se “promueve la felicidad de los ciudadanos! . . . .”

“... Los mexicanos, ha dicho el escritor á que me refiero, *jamás han de sacrificar su independencia civil y política, ni se han de esponer á que levante un cetro de hierro sobre sus cabezas humilladas algun imitador de aquel Neron, que asesinaba á los romanos porque se atrevieron á ridiculizar sus malos versos, sus juegos en el circo, y su espantoso desenfreno. Preferimos, sí, preferimos con placer y gusto, nuestra tor-*

(1) Véase la Oracion pronunciada el 16 de Septiembre, por el Sr. D. J. M. Tornel, con ocasion del Aniversario de nuestra independencia.



*mentosa libertad, al quietismo sepulcral de la ominosa servidumbre.*"

Al leer estas palabras que encierran en sí una proposicion tan absoluta y general, no parece sino que todos los soberanos han sido tan tiranos como el hijo de Agripina, cuando entre los emperadores de esa misma Roma se cuentan genios tan virtuosos y benéficos, como Tito, Trajano y Marco-Aurelio, y otros, cuyos nombres no estarian fuera de su lugar en ninguna produccion política ó patriótica.

Y los reyes de estos tiempos, especialmente el de Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, &c. *¡asesinan á los que no aplauden sus versos*, si es que los hacen, ni á alguna otra persona? La imparcialidad ademas, ecsigia que al hablar de *monstruos tales, como Tiberio, Calígula y Neron*, que gobernaron á los romanos con el carácter de *emperadores*, no se olvidase hablar de otros *monstruos* que, como *tribunos, regeneradores, padres de la patria &c.* presenta la historia de las revoluciones modernas. Tiempo ha que cesaron de ser temibles los reyes. A su vez, los demagogos que tanto abundan, sobre todo en las repúblicas, han rivalizado en caprichos, en crueldad y en desenfreno con aquellos emperadores, tipos de todos los vicios coronados. *¡Podrian levantar, aunque quisieran, un cetro de hierro aquellos monarcas que yo cito? ¡Son acaso, cabezas humilladas los ingleses, los franceses, (que se hallan regidos por un rey de su eleccion) los belgas, y otros pueblos gobernados monárquicamente! ¡Puede, por ventura, asegurarse formalmente que en aquellas monarquías no haya, como en nuestra república medio alguno entre una tormentosa libertad y*

*el quietismo sepulcral de la ominosa servidumbre? Verdad es que no es posible evitar estos dos escollos fundando un gobierno puramente republicano, ó una monarquía absoluta. Pero ahí está precisamente el bien inmenso que proporciona á la sociedad la grandiosa invencion, desconocida de los antiguos, de los gobiernos mistos; esto es, de aquella admirable combinacion de mútuos intereses, por cuyo medio ejerce un pueblo todos los actos que puede ejercer en su propia utilidad, y se despoja de las facultades que pueden convertirse en su daño.*

Pues *¡qué dirémos de la peregrina especie de que no podriamos trocar nuestro gobierno republicano por el monárquico, sino sacrificando nuestra independencia civil y política? ¡Perdió, por ventura, la Holanda ni una ni otra independencia, por haber implorado ella misma de los soberanos reunidos en el congreso de Viena, que de república se cambiara su nacion en monarquía, y se remplazara su Stathouder por un rey; conservando al mismo tiempo hasta la denominacion de estados generales, y de sus instituciones republicanas todas las que se juzgaron mas benéficas al pais? ¡Perdió por eso, vuelvo á preguntar, su independencia civil y política? ¡Perdióla tampoco la Gran-Bretaña, cuando en 1697 llamó á ocupar su trono á Guillermo de Nasau, stathouder de Holanda, ni cuando pocos años despues (1714) aceptó la corona de aquel poderoso imperio Jorge de Brumswick elector de Hanover y gefe de la actual dinastía? En ninguna de estas circunstancias, ¡hubieron acaso, de sacrificar los ingleses la parte mas minima é insignificante de su independencia civil y política? Y los es-*



pañoles, que descuellan entre los pueblos mas celosos de su independencia, ¿sacrificaron quizá lasuya cuando entró á regirlos la casa de Austria, y cuando la suerte de la guerra sostenida por ellos mismos, dió á esta por sucesora en la soberanía y gobierno de aquellos vastos dominios, á la casa de Borbon en la persona de un nieto de Luis XIV de Francia, la eterna rival de España? Y los suecos, cuando aceptaron por rey á su actual soberano (el general frances Bernadotte) y despues revalidaron esta eleccion por medio de su cuerpo representativo, ¿vieron restringida ó menoscabada, ni en un ápice su independencia? Y los hijos de esos reyes ¿no han sido respectivamente ingleses, españoles y suecos *de nacimiento*, despues que sus padres lo fueron por *adopcion* en aquellos diversos pueblos? ¿Perdió ninguno de estos, vuelvo á preguntar, su *independencia civil y política*, como estrañamente asienta el autor que nos sucederia á nosotros, si trocáramos la república por la monarquía con un príncipe extranjero? ¿La perdió la Francia cuando se convirtió en república, ni cuando posteriormente levantó un imperio sobre las ruinas de aquella república? ¿Entendió perderla la nacion mexicana, cuando precisamente al proclamar la suya, ofreció la corona á un rey, y rey extranjero, pues extranjero fué para nosotros el monarca español desde que D. Agustin de Iturbide proclamó aquella misma independencia? Y ¿por qué se consiguió esta con tanta presteza y admirable generalidad, sino por la profunda política del plan que se trazó al mismo Iturbide, y que constando de tres garantías importantes, ofrecidas á las *opiniones* y á los *intereses* de todos los habi-

tantes de este vasto territorio, era una de ellas la adopcion de los *mismos* principios que yo ahora recomiendo al *ecsámen* de mis conciudadanos, esto es, *la monarquía constitucional ejercida por un príncipe extranjero*. ¿Habrá quien asegure, que si en lugar de esta forma de gobierno, único que conocia, y bajo el cual habia vivido siempre la nacion, se hubieran proclamado los principios republicanos, habria aquella secundado con un entusiasmo tan universal el movimiento que consumó y selló su independencia de la madre pátria?..... Las que sí perdieron su independencia fueron Venecia, Génova, y las demas repúblicas italianas, por el desenfreno á que llegó en ellas la anarquía, la cual les atrajo la dominacion estrangera; esto es, *la conquista*, que es á lo que *nosotros estamos expuestos*, si, como vulgarmente se dice, no *escarmen-tamos en cabeza agena*.

En vista de estos *hechos* tan convincentes, aparece en toda su monstruosidad la asercion de que *perderiamos nuestra independencia* si llegáramos á decidirnos por una *monarquía constitucional*, y semejante monstruosidad no ha podido esconderse á la perspicacia bien conocida del escritor de quien voy hablando; bien que tampoco puedo figurarme que haya querido elegir semejante asercion, considerándola como el mejor medio de alarmar á los incautos mexicanos, ó á los mexicanos que no piensan, pues bien sabido es, que no podia tocarles una cuerda mas sensible que la de la independencia, cuyo sentimiento es quizá el único real y verdadero, y el único vínculo de union que ecsiste entre nosotros. A falta de razones, que ninguno menos que nuestro escri-



tor podia hallar, despues de haber hecho de nuestra *república* la pintura que hemos visto, hubo de apelar á lo que podemos llamar con justicia, fanatismo nacional; acordándose quizá del buen éxito que logró un partido hace pocos años, cuando alarmó y llenó de luto á la nacion con fingidos temores de maquinaciones *contra nuestra independencia*, por parte de los españoles mas honrados, pacíficos y acaudalados que residian entre nosotros, y dignos ciertamente de alguna consideracion; aun cuando no hubiera sido mas que por la circunstancia de ser ellos cabezas de numerosas *familias mexicanas*, que se vieron envueltas en aquella horrorosa, impolítica é injustísima proscriccion. Este mal tan grave de que se valió un partido para estraviar á la nacion de la senda de la legalidad, engendró la série de todos los males que despues han llovido sobre nosotros, y el dia de hoy no hay quien no lamente aquella causa y estos efectos: no váyamos, pues, á apelar hoy á un medio semejante, de inducir á la nacion en un error de incalculables trascendencias, que cuando menos, puede alucinarla impidiéndole buscar libremente algun recurso para salvarse; y llegue á suceder que, dentro de breves años empecemos á lamentarnos estérilmente de males y desgracias que hubiéramos podido evitar.

Tiempo ha que el hombre mas grande que la revolucion ha producido en la América española, dijo, *que habiamos comprado la independencia á costa de todos los otros bienes sociales y políticos*; y esta bella y desconsoladora sentencia de Bolivar es hoy dia un axioma incuestionable, particularmente en México. Y ¿no será mayor desgracia aun, si sobre los males experimenta-

dos ya, aparentamos artificiosamente que esa independencia es incompatible con todo aquello que puede curarlos ó disminuirlos? ¿Habrémos de seguir convirtiendo la medicina en veneno?

Cuando se ventilan cuestiones tan dificiles y de tanta trascendencia para la suerte de un pueblo, y pueblo desgraciado, y víctima ya de vanas teorías y de ilusiones fantásticas, necesario es que los escritores públicos no olviden, que no se trata de cual sea *teóricamente el mejor gobierno*, sino de, *cuál sea mas adecuado en la práctica á las circunstancias de nuestro pais*, y que los *sofismas de los partidos pronto se convierten en crímenes y en desgracias de las naciones*; y en prueba de que esta doctrina es la de la verdad, hace mas de quince siglos que un historiador romano decia: “El que intenta alucinar, no solo en las cosas graves, sino aun en las leves, es un verdadero enemigo . . . . y mucho mas cuando se trata de la *pátria* (1).”

Y ¿qué dirémos tambien de la idea favorita, repetida hasta el fastidio, de paliar todos nuestros descarríos con la decantada *juventud* de nuestra república? Veinte años hace que la *infancia* unas veces, y otras la *juventud* en que se dice nos hallamos, está sirviendo, no solamente de escusa, sino de estímulo para nuestras locuras y desaciertos; y siempre que flaquean las razones ó los argumentos para justificar nuestra desacordada conducta, al punto, sin titubear, se echa mano de ese admirable comodín, con cuya ayuda se pretende salir de cualquiera dificultad en semejantes

(1) *Qui in parvis aut in magnis deceptione agit, ille inimicus. . . . ita dum de patria agitur.*—[ANAEUS FLORUS.]